

EL PUNTO DE VISTA (*STANDPOINT*) DE LAS MUJERES: CONOCIMIENTO ENCARNADO VERSUS RELACIONES DE DOMINACIÓN

Dorothy Edith Smith¹

Resumen

Este artículo es traducción del primer capítulo del libro de Dorothy E. Smith, *Institutional Ethnography. A Sociology for People*, 2005, publicado por AltaMira Press.² Smith expone la evolución de su aporte en la corriente de la epistemología del *punto de vista de las mujeres* y de la importancia de la categoría de *experiencia*. Junto con estos conceptos y desde su investigación como socióloga, aclara lo que concibe como *las reglas de dominación*.

De la obra de Smith hay una versión chilena de *The everyday world as problematic: A feminist sociology* (1987) traducida con el título *El mundo silenciado de las mujeres* que lamentablemente no es accesible en nuestro país. Consideramos que era necesaria la traducción de alguna fuente de Smith, teórica y feminista que tanto ha influido en la sociología y la teoría de género occidental.

Palabras clave: punto de vista, relaciones de dominación, experiencia.

Abstract

This article is a translation from the first chapter of “Institutional Ethnography. A Sociology for People” by Dorothy E. Smith published in 2005 by Altamira Press a division of Rowman & Littlefield Publishing Group. We are thankful for their permission to translate it.

Smith expresses the effectiveness of her contributions to the branch of the epistemology that deals with women’s standpoint and also the importance of the category of experience. Together with these concepts and as a researcher in Sociology, Smith also clarifies what she considers to be ruling relations. There is a

¹ D.E. Smith es profesora emérita en el Departamento de Sociología y Estudios sobre la equidad en educación en la Universidad de Toronto. Radicada en Canadá, nació en Inglaterra en 1929. En su autobiografía define tres momentos importantes en su vida intelectual: el primero en la Escuela de Economía de Londres cuando descubre su fascinación por la sociología, el segundo durante un curso que toma en Berkeley sobre la fenomenología de Maurice Merleau-Ponty y el tercero ligado al movimiento de mujeres que transforma su conciencia en varios niveles, y que la lleva a transformar a la sociología.

² Este material está protegido por copyright. Todos los derechos son reservados. Para permiso de copia, distribución o reimpresión, por favor ponerse en contacto con la editorial: Rowman & Littlefield Publishing Group. A ellos nuestro agradecimiento por el permiso de traducción al castellano para *Temas de Mujeres*.

version of “the Everyday World as problematic: A feminist sociology, (1987) published in Chile under the title “El Mundo Silenciado de las mujeres” (The Silenced World of Women) , which unfortunately is not available in our country. We considered it necessary to have one of Smith’s works in our language, as she has had so much influence both as a theorist and as a feminist on Sociology and the theory of Western gender.

Keywords: standpoint, ruling relations, experience.

Es difícil recordar cuán radical fue en sus comienzos la experiencia del movimiento de mujeres para quienes habíamos vivido y pensado inmersas en un régimen totalmente masculino en contra del que luchábamos. Para nosotras, la lucha era también en nuestro interior contra lo que aprendimos a hacer, a pensar y a sentir, tal como nos pasaba con ese régimen, al que sentíamos como un enemigo externo. Por cierto, nosotras mismas habíamos participado aunque pasivamente en ese régimen. No existía un discurso desarrollado en el que las experiencias que designábamos originariamente como experiencias cotidianas, pudieran ser traducidas a un lenguaje público y se convirtieran en políticas, en el lenguaje característico del movimiento de las mujeres. Aprendimos al hablar con otras mujeres, acerca de experiencias que habíamos tenido tanto como de otras por las que no habíamos pasado. Comenzamos a referirnos a la “opresión”, a la “violación”, al “acoso sexual”, al “sexismo”, a la “violencia” y a otras. Esos eran términos que hacían más que dar nombre. Daban una presencia política a las experiencias compartidas. Al comenzar a hablar y reflexionar sobre nuestras experiencias descubrimos en nosotras profundidades sorprendentes de alienación y furia. ¿Dónde habían estado todos esos sentimientos? Realmente fueron extraordinarias las transformaciones que experimentamos al descubrir cómo hablar entre nosotras acerca de tales experiencias y de esa forma hacerlas públicas, lo que suponía, también, revelarlas a los varones. Por último, ¡qué extraordinarias fueron nuestras transformaciones durante ese proceso! Hablar de nuestras experiencias fue una forma de descubrimiento. Lo que no sabíamos y no sabíamos cómo pensarlo, lo podíamos examinar al encontrar lo que teníamos en común. El enfoque que he adoptado al desarrollar una sociología alternativa, considera al punto de vista (*standpoint*) de las mujeres en una forma que se modeló durante esas tempranas aventuras del movimiento. Tal enfoque supone al punto de vista de las mujeres no como una forma de conocimiento fija y concluida sino como un terreno en la experiencia desde el que deben hacerse los descubrimientos. En este activo y compartido proceso de hablar desde nuestra experiencia, así también como actuando y organizando para cambiar cómo esas experiencias se crearon, es que fue traducido el concepto de pensamiento feminista en el de punto de vista feminista, o, para mí, punto de vista de las mujeres. sea como fuere que el concepto se originó, Sandra Harding (1988) unió el pensamiento de las científicas sociales feministas, en particular el de Nancy Harstock, el de Hillary Rose y el mío propio, el cual tenía como proyecto en común partir del punto de vista de las experiencias de las mujeres. Harding sostenía que las empiristas feministas que demandaban tanto un privilegio especial para el conocimiento de las mujeres como objetividad, se hallaban atrapadas en una paradoja irresoluble. Quienes ella describía como “teóricas del punto

de vista feminista” trasladaban a la crítica feminista un paso más allá del empirismo feminista al reclamar que el conocimiento de la sociedad debe partir siempre de una posición en la que las mujeres sean privilegiadas epistemológicamente por ser miembros de un grupo oprimido. Como la parábola del esclavo de Hegel de la relación amo-esclavo, ellas pueden ver más, mejor y más allá que el amo precisamente por su condición de oprimidas. Sin embargo, Harding fue crítica con el movimiento de las mujeres respecto de la forma en la que había comenzado a conferirle autoridad a la experiencia, como motivo para hablar, y creer que hablaban con la verdad, lo cual desafió las formas racionales y objetivadas de conocimiento y de su secreto sujeto masculino. (123) Más aún, la teoría del punto de vista feminista, de acuerdo a Harding, al reproducir implícitamente el sujeto universalizado y pretender la verdad objetiva del discurso filosófico tradicional, produce un retorno implícito al empirismo que nosotras suponíamos superado.

La noción de punto de vista de mujeres, mejor dicho la noción de que la experiencia tiene autoridad especial, fue desafiada por otras teóricas feministas por no tomar en cuenta las diversidades de clase y raza así como las varias formas y modalidades de género. Las mujeres blancas, heterosexuales, de clase media dominaron las fases tempranas del movimiento de mujeres en las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado, pero pronto nuestras hipótesis, y me incluyo, acerca de lo que podría ser sostenido para las mujeres en general fueron cuestionadas y socavadas primero por mujeres de clase obrera y lesbianas y luego por mujeres afro-norteamericanas, hispanas y nativas. La presencia implícita de la clase, la sexualidad y el colonialismo comenzaron a explicitarse. Asimismo, nuestras hipótesis también fueron cuestionadas por mujeres de otras sociedades cuyas experiencias no eran norteamericanas, y también por mujeres con discapacidades y mujeres de edad avanzada cuyas experiencias no estaban representadas adecuadamente y, como el movimiento de mujeres evolucionó a través del tiempo, por mujeres jóvenes que consideraron los temas de las viejas feministas ajenos o irrelevantes.

El cuestionamiento teórico a la noción de punto de vista de las mujeres se ha hecho en términos de su presunto esencialismo. Se vio como esencialista porque excluye otras bases de opresión e iniquidades que intersecan la categoría “mujeres”. La crítica de esencialismo, sin embargo, supone el uso de la categoría “mujeres” o “mujer” para identificar atributos específicos y compartidos. Mientras que el esencialismo fue un problema en la teorización de *mujer*, no se debe extender a todos los usos de tales categorías. En la práctica, en el movimiento de mujeres, la categoría funcionó políticamente más que en forma referencial. Como concepto político coordina las luchas en contra de las formas masculinas de opresión hacia las mujeres, que esas

mismas formas universalizan implícita o explícitamente. Quizás lo más importante es que crean para las mujeres lo que estaba ausente, una posición de sujeto en la esfera pública y, más en general, una posición en la vida política, intelectual y cultural de la sociedad.

Alegar una posición de sujeto en la esfera pública en el nombre de la mujer fue una empresa central del movimiento de mujeres a principios de las décadas de 1970 y 1980. Se creó una dinámica poderosa. Mientras que las que efectuaron la denuncia primero fueron mujeres blancas de clase media, la nueva posición de sujeto en el discurso público abrió el camino a otras mujeres que se consideraban excluidas por quienes las precedieron. Sus reclamos fueron situados y centrados de forma diferente y sus propias experiencias se convirtieron en autorizadas. Ciertamente una característica extraordinaria del movimiento de mujeres es que sus continuas alteraciones, sus luchas internas en contra del racismo y la dominación cultural blanca, sus desacuerdos y enojos internos, no destruyeron al movimiento en modo alguno. Por el contrario, esas luchas en Norteamérica y Europa expandieron y diversificaron el movimiento con las voces de las experiencias de otras mujeres, diferentes de las de quienes originalmente hablaron de las propias.

El punto de vista de las mujeres y las relaciones de dominación

Punto de vista (standpoint) es un término tomado del lenguaje vernáculo, en gran parte a través del pensamiento innovador de Harding y su crítica (1988) y se utiliza para hacer nuevo trabajo discursivo. Harding identifica punto de vista en términos de posicionamiento social del sujeto de conocimiento, de quien conoce y crea conocimiento. Su propia obra posterior desarrolla una epistemología que depende de una diversidad de posiciones de sujetos en los regímenes sociopolíticos- económicos del colonialismo y del imperialismo. La versión de punto de vista con la que he trabajado luego de adoptar el término de Harding (previamente escribí de “perspectiva”, Smith 1974), es muy diferente. Difiere también del concepto de punto de vista feminista propuesto por Nancy Harstock (1998) en que no identifica una determinada posición social o categoría de posición en la sociedad (o economía política)³ Más bien, mi noción de punto de vista de mujeres (en lugar de punto de vista

³ El interés de Harstock es redefinir al materialismo histórico para que las experiencias de las mujeres y sus intereses sean integrados. Para ella es de particular importancia el reconocimiento adecuado de las formas de poder que el movimiento de mujeres denominó “patriarcal”. La posición marginal de las mujeres estructurada como está alrededor del trabajo asociado con la reproducción y la producción directa de la subsistencia, ubica a las mujeres de manera particular en el modo de producción en general. Para ella, tomar un punto de vista

feminista) es esencial al diseño de lo que originalmente llamé “una sociología para mujeres”, que fue necesariamente transformado en una “sociología para las personas”. El término no identifica una posición o una categoría de posición, género, clase o raza en la sociedad, pero sí se establece como un posicionamiento de sujeto para la etnografía institucional como método de investigación, un lugar para quien conoce que está abierto a cualquier persona.

Como un método de investigación, la etnografía institucional se diseñó para crear una alternativa al sujeto deshumanizado del conocimiento del discurso científico social establecido. Este último se ajusta y está incorporado a lo que he dado en llamar “relaciones de dominación”, ese extraordinario y aún habitual complejo de relaciones que están textualmente mediadas, las que nos conectan a través del tiempo y del espacio y organizan nuestras vidas cotidianas, las empresas, burocracias gubernamentales, discursos profesionales y académicos, medios de comunicación y el complejo de relaciones que las interconectan. En los inicios de esa etapa de las últimas décadas del siglo veinte del movimiento de mujeres, las mujeres no aparecían ni como agentes ni sujetos en las relaciones de dominación. Cualquiera fuera la forma en que hubiéramos estado trabajando en el interior de tales organizaciones, aun éramos subordinadas. Éramos mujeres cuyo trabajo de madres reproducía las mismas relaciones de género que nos subordinaban, éramos el equipo de apoyo, empleadas, niñeras, trabajadoras sociales haciendo almacenaje y no administración, etc. En la universidad misma éramos pocas y en su mayoría marginales (dos profesionales reconocidas en el departamento donde primero trabajé, en Canadá, nunca consiguieron dar más que conferencias anuales).

El “punto de vista” como el diseño de la posición de un sujeto en la etnografía institucional crea un orificio de entrada en el descubrimiento de lo social que no subordina al sujeto que conoce en las formas deshumanizadas de conocimiento de la sociedad o de la economía política. Es un método de investigación que trabaja a partir de las realidades de la vida cotidiana de las personas y sus experiencias para descubrir lo social que se extiende más allá de las experiencias. Un punto de vista en la vida cotidiana de las personas es parte integrante de ese método. Es parte

introduce una dimensión dentro del materialismo histórico descuidado por Marx y sus sucesores. Ella diseña un punto de vista feminista que tiene un significado político específico. Supongo que puede ser criticado de esencialista, pero si no nos referimos simplemente a Norteamérica y a la clase media profesional norteamericana, es difícil negar que Hartsock está caracterizando una realidad global para las mujeres. En Canadá un informe sobre un censo reciente muestra que mientras la participación de las mujeres en la fuerza laboral paga se incrementó sustancialmente sobre los treinta años pasados, “las mujeres permanecen teniendo dos veces más probabilidades que los hombres de dedicar por lo menos 30 horas a la semana de cocina y limpieza” (Andersen 2003, A7) y están más involucradas en el cuidado de los niños que los varones, en particular el cuidado de los niños y niñas menores.

integrante de una sociología al crear un sujeto posicionado en su discurso, que cualquiera puede ocupar. Quien hace etnografía trabaja desde lo social en la experiencia de las personas para descubrir su presencia y organización en sus vidas y para explicar o mapear esa organización más allá de lo local de lo cotidiano.

Examen de la Sociología desde el Punto de vista de las mujeres

El proyecto de desarrollo de una sociología que no objective, comenzó al explorar las experiencias de mi vida como mujer, de la misma manera como ya se hiciera en el movimiento de mujeres. Esa exploración cuestionó los fundamentos de la sociología que aprendí profunda y, a veces, dolorosamente durante los estudios de grado y de posgrado. En esa época era una socióloga que enseñaba en la universidad de British Columbia, en la costa oeste de Canadá, y una madre sola con dos niños pequeños. Mi experiencia fue la de modos contradictorios de trabajo; por un lado tenía el trabajo del hogar y el de ser madre, por el otro, el trabajo de la academia, la preparación de clases, la enseñanza, las reuniones docentes, escribir artículos, etc. No podía conectar mi trabajo en casa con la sociología que enseñaba, en parte, por supuesto, porque esa sociología no tenía nada que decir al respecto.

Aprendí del movimiento de mujeres a comenzar desde mi propia experiencia e iniciar allí la búsqueda de la voz que reivindicó a la mujer sepultada. Comencé a explorar lo que significaría pensar sociológicamente desde el lugar donde yo era corporalmente, viviendo en casa con mis hijos y con los cuidados y el conocimiento esenciales a esa tarea. Aquí estaban las particularidades de mis relaciones con mis hijos, mis vecinos, mis amigos, sus amigos, nuestro conejo (sorprendentemente feroz y destructivo, mi copia de *Mind, Self and Society* de George Herbert Mead tiene las marcas infringidas por los dientes y uñas de nuestra mascota de orejas largas), nuestros dos perros y un ocasional hámster. De esta manera estaba atenta a la variedad de exigencias que el cuidado de la casa, la cocina, el cuidado de los niños y las múltiples tareas menores de nuestro entorno local recaían en mí. Cuando fui a trabajar a la universidad por supuesto no salí de mi cuerpo, pero el foco de mi trabajo no estaba puesto en las particularidades de las relaciones locales y el entorno sino en el discurso sociológico leído y enseñado y la enseñanza o el trabajo administrativo de un departamento universitario. El cuerpo, por supuesto, estaba ahí como tenía que estar para realizar las tareas, pero el trabajo no estaba organizado por él ni en relación a él.

Las dos subjetividades, la del hogar y la universidad, no podían combinarse. Corrían por diferentes caminos con una notable y fenomenal organización. La memoria, la

atención, el razonamiento y las reacciones se organizaban en una forma muy diferente.

Recordar una cita con el dentista para uno de mis hijos no era parte de mi conocimiento académico, y si no era cuidadosa en encontrar algún medio de recordarlo que no dependiera de la memoria, lo podría haber olvidado. Mis experiencias descubrían diferencias radicales entre el hogar y la academia en cómo se situaban, y cómo me situaban, dentro de la sociedad. Mi casa estaba organizada alrededor de las particularidades de los cuerpos de mis hijos, sus caras, sus movimientos, los sonidos de sus voces, el olor de su cabello, las peleas, los juegos, los rituales de lectura por las tardes, el estrés de llevarlos a la escuela en las mañanas, cocinar y servir las comidas, y las miles de tareas cotidianas que no pueden enumerarse, un mundo intenso y preocupante de trabajo que no puede definirse acabadamente. Mi trabajo en la universidad se articulaba en una forma muy diferente. La sociología que yo pensaba y enseñaba estaba embebida en los textos que me vinculaban a un discurso prolongado indefinidamente sólo en redes muy parcialmente conocidas por otros, algunas sólo de personas muertas, otras de héroes y maestros de la disciplina contemporánea. Algunas eran sólo nombres de libros y artículos, otros conocidos como profesores, colegas y contemporáneos de la carrera de grado. El trabajo administrativo que realizaba el cuerpo docente se conectaba con la administración de la universidad, conocida en esa época solo vagamente como autoridades tales como el decano o presidente, o como oficinas como la de secretaría de admisiones que regulaba todo lo que tenía que ver con quienes estudiaban. Mi primera actividad al llegar a la oficina del departamento, luego de saludar a las secretarías, era abrir el correo y así entrar en el mundo de la acción en textos.

En la universidad conocí una práctica de la subjetividad que excluía lo local y lo corporal de su campo. al aprender del movimiento de mujeres desde lo que yo era, una mujer, comencé a ocuparme de la universidad y de mi trabajo desde el punto de vista de la subjetividad del “hogar”. Comencé a notar lo que antes no había visto. ¡Qué extraño! ir caminando por el pasillo central de la universidad que se abre al azul oscuro de las islas y percibir las lejanas montañas nevadas al norte, y ver a mi izquierda un gran hoyo donde antes había un edificio! En el modo de lo cotidiano se pueden encontrar las conexiones, aunque no siempre se entiendan. En una casa con niños y perros y conejos, era obvia la conexión entre la destrucción del lomo de mi copia de *Mind, Self, and Society* y el conejo merodeando en mi espacio de trabajo. Pero el hoyo en el lugar donde una vez se erigía un edificio no podía conectarse con ningún agente obvio. La peculiar conciencia que practiqué en la universidad comenzó a emerger para mí como una forma extraña y misteriosa de organización. Si rastreara la procedencia

del hoyo, treparía en un orden de relaciones vinculadas a un proceso administrativo con cualquier compañía de construcción que fue en realidad responsable de cavar el hoyo. entraría en una red de presupuestos, decisiones administrativas, fondos gubernamentales, etc. etc., como también en el orden de relaciones que los etnógrafos institucionales llaman “relaciones de dominación”. Esto puede verse como relaciones que separan al sujeto de sus escenarios particulares y de las relaciones de su vida y trabajo como madre y ama de casa. Practicar la personificación (*embodiment*) en el terreno de lo despersonalizado de esas relaciones, las hace visibles. Me di cuenta de ellas cuando tomé conciencia de su presencia y del poder en lo cotidiano, y, yendo más lejos de ese hoyo en el terreno, también comencé a pensar en la sociología que practico en el mundo cotidiano de trabajo de la universidad como una organización de relaciones discursivas completamente integradas entre ellas.

La trayectoria histórica del género y las relaciones de dominación

Mi experiencia cuando examino este tema como mujer, y actúo fuera y dentro del movimiento de mujeres de ese tiempo, traigo a la mente un orden de relaciones sociales que entran y pueden ser observadas en el mundo cotidiano de nuestra experiencia pero no pueden ser exploradas completamente allí. Las relaciones objetivadas de dominación coordinan múltiples mundos cotidianos locales en forma trans- o fuera de lo local. La organización que fuera la matriz tanto de mis experiencias como de mis reflexiones sobre ellas surgió de una trayectoria histórica de género y de las relaciones de dominación.

El concepto de relaciones de dominación (D.E.Smith 1987, 1999) no se refiere a modos de dominación sino a un nuevo y característico modo de organización de la sociedad que adquirió relevancia durante la última parte del siglo diecinueve en Europa y Norteamérica. Las relaciones de dominación son formas de conciencia y organización objetivadas, en el sentido de que son constituidas externamente a las personas y lugares particulares.

Las transformaciones que se aceleraron rápidamente en el pasaje del siglo diecinueve al veinte, comenzaron mucho antes con la invención de los tipos móviles y las posibilidades de acceso generalizado a las palabras más allá del lugar en que habían sido dichas. La disponibilidad de la Biblia impresa en lengua vernácula y la posibilidad de leerla sin mediación de los sacerdotes, transformó no sólo la substancia sino la organización de la Cristiandad en Europa. Las declaraciones gubernamentales podían ser duplicadas y distribuidas ampliamente de la misma manera. Surgió la prensa escrita que confirió interés a las opiniones. La novela emergió como un género

distintivo de narración (McKeon 1987). El pensamiento social y político adoptó la forma generalizada de ideología. La complementación y transformación del rápido desarrollo del capitalismo como modo de producción, eran formas de consciencia y agencia que ya no se identificaron con los individuos. Marx, que escribió en los primeros dos tercios del siglo diecinueve, teorizó al capital en términos de la propiedad individual. Sus concepciones de la “conciencia” también se identificaban con los individuos y lo que sucede en nuestras cabezas. (1973) Por contraste, las relaciones de dominación objetivan la conciencia: esas nuevas formas de relaciones sociales no se habían desarrollado en la época de Marx, por lo tanto no incorporó en sus formas de pensar a la conciencia social que eran (a) diferenciadas y especializadas como relaciones sociales específicas y (b) objetivadas en el sentido de ser reproducidas como independientes de individuos o relaciones particulares.

Leonor Davidoff y Catherine Hall (1987) describieron cómo durante los siglos diecisiete y dieciocho en Inglaterra, la esfera doméstica de las clases medias se fue aislando en forma incesante de los cada vez más exclusivos mundos masculinos de los negocios, la política y la ciencia. Mientras las mujeres permanecían trabajando en las particularidades de la domesticidad, los varones de las clases media estaban activos en negocios que los conectaban con la impersonal y extra local dinámica del mercado. También estaban activos en los discursos públicos que emergían en la charla con otros hombres en los clubes y bares de Gran Bretaña y Europa y en los salones y lugares de reuniones públicas en Norteamérica donde se discutían los temas de revistas, periódicos y libros (Habermas 1992, Ryan 1993) Emergió una división radical entre las esferas de acción y la conciencia de la clase media de hombres y mujeres. Los peculiares modos de conciencia fuera-del-cuerpo de las nascentes relaciones de dominación requerían una especialización de sujeto y agencia. La formación del sujeto masculino de clase media en educación e ideología se encaminaba a la creación de la forma extraordinaria de la conciencia moderna que es capaz de agencia en modos que desplazan o dominan una existencia corporal local.⁴ De acuerdo con Joan Landes (1996) la exclusión de las mujeres del discurso público emergente asociado con la Ilustración y con EL crecimiento del capitalismo como una forma económica general de vida, fue esencial para la capacidad masculina de mantener lo que esta autora llama “la farsa de la universalidad”. La esfera pública se definió por un orden genérico que excluía a las mujeres. Durante la Revolución francesa y después, los intentos de las

⁴ El *Emilio* de Rousseau (1966) diseña un régimen educacional que propende a crear al sujeto masculino autónomo de la sociedad civil. Su complemento es una mujer igualmente muy bien entrenada pero no para la autonomía, su papel es ponerle freno a las necesidades del cuerpo residuales del proyecto masculino. No debe nunca aparecer ante sí misma o como ella misma en la zona de la sociedad que es preservada para Emilio.

mujeres para organizarse en público “se arriesgaban a violar los principios constitutivos de la esfera pública burguesa...[se] arriesgaron a trastornar la organización de género de la naturaleza, la verdad y la opinión que les asignaba un lugar en lo doméstico pero no en el reino de lo público” (87-88). La confrontación entre hombres no generaba el espectro de lo particular, mientras las mujeres tenían a lo particular como su ser social. Por consiguiente los varones asociados exclusivamente con otros hombres podían evitar reconocer “la mascarada a través de la que el (masculino) particular puede ocultar su posición tras el velo de lo universal” (Landes 1996, 98)

Desde mediados del siglo diecinueve y adentrándose rápidamente en el temprano siglo veinte, las nuevas formas de organización social que permitían la imprenta y otras tecnologías de reproducción de palabras e imágenes, se expandieron velozmente (Beninger 1986 y Yates 1989). Los desarrollos en la burocratización del estado, conocidos en la literatura sociológica desde los escritos de Weber (1978)⁵, fueron acompañados por innovaciones radicales en el manejo de empresas de negocios (Beninger 1986; Waring 1991; Yates 1989). La conexión directa entre el propietario individual y la empresa capitalista dada por sentada por Marx es desplazada progresivamente por la invención de la propiedad corporativa y el control (Chandler 1977; Noble 1977; Roy 1997) que no solo separaba propiedad de control al crear la dirección como una función distinta sino que también conducía a la creación de lo que Alfred Sloan (1964) de General Motors, llamó “objetiva” en contraste con la organización “subjetiva”. La organización objetiva se apoyaba en procedimientos para interpretar el rendimiento de las diferentes divisiones sistemáticamente responsables, en términos de sistemas contables financieros orientados a períodos de información trimestral de la bolsa. El conocimiento sobre qué decisiones tomar ya no se encontraba en la persona del administrador o en la cabeza del propietario. Las decisiones eran tomadas sobre bases garantizadas por los datos más que en conjeturas y formas de información que no tenían bases objetivas en los cálculos. Las relaciones no fueron más como habían sido, por ejemplo, en la Compañía DuPont donde en la última parte del siglo diecinueve los hijos y yernos del patriarca vivían en la misma casa, dirigían las distintas plantas y escribían cartas diarias al patriarca informando sobre las actividades del día (Yates 1989). La importancia de la confianza personal que proporcionaban las relaciones familiares, junto con la creación de una comunidad de intereses en los negocios familiares, fue desplazada por regímenes de

⁵ Efectivamente, Weber es uno de los pocos sociólogos que teorizó sobre las organizaciones para reconocer la relevancia de los textos y documentos en la burocracia.

normas escritas y prácticas administrativas, combinadas con sistemas de recolección de datos, y permitía así evaluar objetivamente el rendimiento de los directivos.

La trayectoria de las relaciones de dominación desde los últimos tiempos del siglo diecinueve, por lo menos en Norteamérica, expropió paulatinamente las formas de organización social desarrolladas localmente, cambiando las relaciones entre mujeres y varones y también entre varones. En su importante estudio sobre lo que llama “la mano visible”, Chandler (1977) dirige la atención a la progresiva incorporación a la organización local de las funciones económicas y su coordinación a través de redes de relaciones de mercado en grandes corporaciones. Los procesos no reglamentados de los mercados se integraron a la administración de la corporación. Problemas de financiación y crédito que perseguían sistemas de cambio basados en secuencias de transacciones entre pequeños negocios locales pasaron a regularse bajo el paraguas administrativo de los sistemas contables y directivos de las corporaciones.

Las incertidumbres en las fuentes de suministros se resolvieron con la integración vertical de la fabricación. Por ejemplo, General Motors (Sloan 1964) primero se expandió en un proceso de integración vertical de compañías de oficios independientes que eran proveedores de partes, con la intención de asegurar una coordinación de suministros con una producción en expansión, y otro modo de adquisición fue el de empresas fabricantes de autos que ocupaban diferentes segmentos de mercado al de General Motors, pero potenciales competidoras. Asimismo, la expansión de la venta al por menor por correo y los grandes almacenes se apropiaron y desplazaron a la organización local de trabajadores temporales al incorporar sus funciones en un solo sistema administrativo. (Beninger 1986, Chandler 1977, Mills 1951 pp. 25-26)

El relato de Chandler se complementa con la observación temprana que hiciera Thorstein Veblen (1954) acerca de la transformación de la pequeña ciudad con el desarrollo de lo que denomina “grandes negocios”. Describe a la pequeña ciudad como un “centro de comercio minorista” en la que los ciudadanos compiten para comprar los productos del campo o venderles a los agricultores los medios de producción (144). Eso se transformó con la llegada de los *grandes negocios*. El pequeño minorista y los negocios mayoristas se convirtieron en subordinados a las nuevas formas de organización de los negocios en gran escala.

Mayores facilidades de transporte y comunicaciones; mayores tamaños y combinaciones de intereses comerciales comprometidos en el comercio mayorista, como envasadores, cuentapropistas, el manejo del almacenaje de productos del campo; mayores recursos de embalajes, de marcas, y de marcas

registradas, anunciaban un plan liberal que arrollaba las cabezas de los minoristas; mayores empleos por los métodos de la cadena de montaje y por las agencias; mayor dependencia de los banqueros locales de grandes entidades de crédito de los centros financieros. (154)

“La pequeña ciudad,” escribe Veblen, “no es más lo que era antes”, un lugar donde vivir en el que el hombre podía “mantener su participación en el control de sus asuntos sin tener responsabilidades ante nadie por encima suyo, en la jerarquía de los negocios” (155; ver también Mills 1951).

La apropiación progresiva de la organización y el control, la objetivación de la conciencia en el sentido marxista del término, es también una expropiación de los tipos de organización desarrollados por la gente en tanto individuos. El cambio de organización de propiedad y control de capital surgió y quizás fue impulsado por cambios de la misma clase en otras áreas institucionales. La gobernabilidad de las ciudades comenzó a transformarse de formas de tutelaje a las de administraciones burocráticas. La escuela pública se organizó a través del aparato administrativo de distritos escolares y personal docente profesional o por profesores entrenados en la universidad. Hablando en forma general, las profesiones adquirieron nueva importancia como método de garantizar la capacitación, referencias y estándares de práctica en los escenarios dispersos de práctica profesional (Collins 1979), Larson 1977, Noble 1977), un desarrollo de gran importancia en la geografía de Norteamérica⁶.

Una dimensión importante de las relaciones de dominación es la que identifica Michel Foucault (1970) en su concepción del discurso. Utilizó el término tratando de alejarse del pensamiento de la historia tradicional de las ideas que interpretaba a las obras en términos del pensamiento deliberado de sus autores. El concepto de discurso ubicó a los sistemas de conocimiento y a la adquisición del conocimiento en forma independiente de los individuos en particular. Más que rastrear continuidades e influencias, dirigió su atención a los eventos discursivos, es decir a las declaraciones reales, escritas o habladas, que suceden o han sucedido. (1972, 28) y a las formas características de poder que el discurso representa. Otorga al discurso un orden previo a cualquier momento de la producción de la declaración. Nunca se expresa realmente

⁶ El estudio de Harold Perkin (1989) acerca de la historia de la “sociedad profesional” en Inglaterra desde 1880 hasta el presente, en mi opinión, sitúa un fenómeno paralelo al surgimiento de lo que llamo “relaciones de dominación” en el contexto de Norteamérica. Sin embargo, su estudio adopta a la clase social como su marco de referencia más importante, enfocándose extensamente en la clase profesional, y en consecuencia no se centra en aquellos aspectos de las relaciones de dominación que sitúan la objetivación de la organización y la conciencia.

la intención de quien habla o escribe. Lo que se dice o escribe está sujeto a la regulación del discurso en el que está formulado.

La concepción del discurso de Foucault desplaza las bases tradicionales del conocimiento de la percepción individual y la ubica en forma externa a las subjetividades particulares como un orden que se les impone y las coacciona. En su explicación del orden del discurso (1972) lo describe como dando pautas de cómo se coordinan las subjetividades de las personas, qué puede decirse, qué debe excluirse y qué es lo que simplemente no está presente. Lo que puede ser hablado o escrito o escuchado y entendido por otros está discursivamente determinado (un término que no debe ser malinterpretado como “causado”). Así como las mujeres aprendimos del movimiento de mujeres, hay experiencias a las que un discurso no se referirá.

El desarrollo de las nuevas tecnologías textuales expandió radicalmente la esfera del discurso público: a la existente industria de la prensa escrita se agregaron primero la radio y luego la televisión, las cuales transformaron el discurso público profundamente. Se objetivó lo que habitualmente se llamaba “cultura” y así surgió una industria cultural masiva. En lugar de que la gente hiciera sus propias historias y canciones, dibujara o tallara sus propias obras e interpretara sus propios dramas o en lugar de que las personas transmitieran las novedades boca a boca y esperaran a los viajeros para enterarse de noticias provenientes de lugares distantes, nosotros las miramos por televisión, así como también obras dramáticas, juegos, programas de entrevistas, etc., que no fueron creados por un individuo y se originan en distintas fuentes.

En general, en lugar de ser regidos directamente por individuos que conocemos (y quizás odiamos) durante años y eran conocidos antes por nuestros padres, lo estamos por personas que trabajan en empresas, en el gobierno, en escenarios profesionales y en organizaciones, universidades, escuelas públicas, hospitales y clínicas, etcétera, etcétera. A pesar de que ellos son, por supuesto, individuos, sus capacidades de acción derivan de organizaciones y relaciones sociales que ellos producen y de las que, a la vez, son producto. Las relaciones y organizaciones en las que son activos son también aquellas que organizan nuestras vidas y en las que, de alguna manera, participamos. Mirar televisión, leer el diario, hacer las compras, llevar un/a niño/a a la escuela, hipotecar la casa, caminar por las calles de una ciudad, encender una luz, enchufar una computadora: estos actos diarios nos articulan en las relaciones sociales del orden de lo que he llamado *dominación (ruling)* además de aquellas de la economía. Por ejemplo, lo que elegimos cuando vamos de compras probablemente fue producido por gente que vive muy lejos de nosotros y que no conoceremos jamás. Estas transacciones no se hacen con las personas que conocemos como individuos particulares, tales como miembros de la familia o del vecindario. No importa si el

recaudador de impuestos o el empleado del supermercado es alguien con quien tenemos una relación personal, es sobre la base de su trabajo que interactuamos con ellos. No importa que nunca conozcamos, excepto por imágenes en la pantalla, a quienes nos informan en CNN o CBC⁷ Las funciones de “conocimiento, juicio y voluntad” se convirtieron en un complejo especializado de formas objetivadas de organización y conciencia que organiza y coordina las vidas cotidianas de las personas.

El progreso en las relaciones de dominación hacia la presente extensión integral a casi todos los aspectos de nuestras vidas cotidianas, crearon contradicciones en las situaciones de las mujeres, en especial las de clase media. Por una parte, la división que surgió entre las clases medias blancas se amplía y profundiza a medida que los poderes, las tecnologías y el ámbito de las organizaciones no locales de las relaciones de la economía, el estado y el discurso público se incrementan desde la última parte del siglo diecinueve en adelante. La esfera doméstica de las clases medias se torna cada vez más complementaria de la organización translocal de poder, conocimiento y oportunidad en la cual los varones eran en el trabajo sujetos y agentes, un período que culminó en las relaciones de género descritas en el estudio de William H. Whyte (1956) de la “organización masculina”. Ese fue el orden de género del que escribió Betty Friedan (1963) su celebrada crítica al modo de vida de las mujeres suburbanas. Durante los siglos diecinueve y veinte la imprenta y la consiguiente réplica de los textos, proporcionaron la base tecnológica para un público lector en el que participaron las mujeres en tanto lectoras y escritoras. A pesar de que las mujeres fueron en gran parte excluidas de la esfera pública como fue consignado por Habermas (1992), la conciencia de las mujeres de clase media se transformó debido al surgimiento de novelas escritas por mujeres y cuyos principales personajes eran también mujeres. Nuevas formas de subjetividad fueron posibles por las mismas tecnologías fundamentales que expandieron los campos y las potencialidades en los que los hombres de clase media estaban inmersos. La expansión de los ferrocarriles en Norteamérica agilizó la distribución de las noticias, la literatura, el traslado de oradores viajeros y tipos de noticias menos formales, creando nuevas bases de organización entre mujeres. Por ejemplo, las mujeres afronorteamericanas, a fines del siglo diecinueve, usaron los medios disponibles de difusión de las noticias en sus comunidades, para movilizarse contra el linchamiento, procedimiento habitual usado para reforzar la dominación blanca, más allá de las comunidades locales. En general, los movimientos de mujeres de fines del siglo diecinueve se basaron en círculos de

⁷ CBC es la abreviatura de *Canadian Broadcasting Corporation*, una estación transmisora de radio y televisión financiada por el gobierno nacional [de Canadá]

lectura, en folletos y otros recursos que permitieron la organización que no dependía exclusivamente de redes de conexión ubicadas geográficamente. Se suplementaron, como en el Movimiento de Temperancia Cristiana de Mujeres, con organizadores viajantes y oradores.

Las mujeres, en particular las de clase media, estaban comprometidas profundamente en todos los niveles del sistema educativo emergente. Lograron obtener acceso a la universidad, aunque menor al principio. Fueron activas en la introducción de desarrollo infantil como oferta universitaria. Se involucraron en la creación de un discurso maternal que movilizara los esfuerzos y el pensamiento de las mujeres de clase media en Norteamérica atravesando fronteras étnicas y raciales para asegurar a sus hijos e hijas las ventajas del sistema educativo público.⁸ (Dehli 1988; Griffith 1984, 1986; Griffith y D.E. Smith 1987, 2004; Rohtman 1978; D. E. Smith,1997). Surgió una nueva forma de familia de clase media en la que las ganancias del esposo/padre permitían a la esposa/madre especializarse no sólo en las tareas del hogar (nada nuevo) sino también en socializar a los hijos de la pareja basándose en el conocimiento producido por expertos y en apoyar a sus hijos en el transcurso del proceso escolar para asegurarles la posición social de sus padres. Y, luego de la Segunda Guerra Mundial, en el período de crecimiento económico conocido como *fordismo*, las familias de las clases trabajadoras pudieron también comenzar a trabajar con y a través del sistema educativo público para lograr que sus hijos pasaran a la educación superior, lo que les permitiría ejercer funciones administrativas o profesionales. A pesar de que en el período previo, la participación de las mujeres de clase media blanca en la educación superior tendían a centrarse en los campos tradicionalmente asociados con lo doméstico, después de la Segunda Guerra Mundial en especial, comenzaron a concentrarse en las humanidades. Sin embargo, en todas las clases sociales y cualquiera fuese la diferencia racial, las mujeres permanecieron marginadas en las relaciones de dominación, desempeñando roles subordinados, carentes de agencia, produciendo su trabajo del cual finalmente se apropiaban los hombres.

La ubicación del Punto de vista de las mujeres en la trayectoria

En mi vida y en las vidas de muchas mujeres desde esos tempranos días del movimiento de mujeres durante el período de 1960 a 1980, coexistieron las relaciones sociales diferenciadas y los modos de subjetividad de la esfera doméstica con las del

⁸ (N de T) Del contexto del artículo no se infiere que estuvieran preocupadas en la educación de las hijas. Es por eso que no siempre aclaro en femenino los términos relacionados con “hijos”, “niños” que no tienen género en inglés.

mundo intelectual, de negocios y político. La división de género establecida en los tres siglos anteriores o más, fue erosionada por los medios de comunicación basados en la imprenta que habían sido las bases de las relaciones de dominación. El trabajo doméstico y la conciencia de trabajo de las amas de casa deben haber estado entre las condiciones que permitieron a los hombres evitar distracciones en el pensamiento de la pragmática del mundo del trabajo, en lo concerniente a sus necesidades personales. Así Alfred Schutz (1962b) identifica como corolario necesario de la participación en ese dominio, la exclusión de la conciencia de lo personal y pragmático del mundo cotidiano. Estas son, precisamente, esas cargas de conciencia de las que las mujeres no se pueden despojar o de las cuales podrían deshacerse sólo convirtiéndose en no-mujer o perdiendo la cordura. Correlativamente, la función de ama de casa de la que depende la libertad masculina para comprometerse en las relaciones extralocales capitalistas, la esfera pública, y eventualmente las relaciones de dominación, requirieron una toma de conciencia continuamente atenta a las múltiples y constantes exigencias, lo que redundaba en el beneficio cotidiano de una casa ordenada. Es un modo de conciencia reñida con el dominio de la teorización científica, como describe Schutz (1962b), pero que sin embargo, en mi vida y en las vidas de otras mujeres como yo que trabajan tanto en la casa como en el mundo académico, estos dos modos de subjetividad y actividad coexisten.

El movimiento de mujeres me hizo consciente de la disyunción entre mi participación en la “mascarada de la universalidad” (Landes 1996) de mi vida académica y de mi vida como madre y ama de casa, como una diaria organización y reorganización de la subjetividad. Comencé a participar activamente en esa mascarada cuando fui a la universidad como estudiante a los veintiséis años. Pensé que había entrado en el reino de la mente en el que no iba a estar más limitada por mi sexo, ¡tonta de mí! Es difícil describir cuán profundo había caído en la alienación del intelecto y de la imaginación. Tomé conciencia de lo que me pasaba solamente al tratar de descubrir como resituar mi yo como un sujeto intelectual en mi ser alienado como mujer con una casa y con hijos. Descubrí que no cesaba de estar presente y activa en el mundo cotidiano cuando iba a trabajar. El campo de la conciencia teórica de Alfred Schutz, despojada de las particularidades domésticas y locales, estaba también anclada en las condiciones creadas y localmente específicas (bibliotecas, oficinas y otras) diseñadas para aislar las conciencias de los sujetos de las particularidades, permitiendo a la conciencia ser absorbida en las universalidades que los textos hacen posible, por supuesto incluyendo los textos de computación. Al descubrir estas anclas necesarias supuestas por mi existencia corporal, comencé a reconstruir cómo me conectaba con el mundo del intelecto, lo que significaba también reconstruir los aspectos de ese

mundo en el que participaba, es decir, el de la sociología en la que había sido entrenada, había enseñado y sobre la cual había escrito aunque solo ocasionalmente. Una vez comenzado, no se pudo detener el proceso de desentrañar las redes intelectuales que me atrapaban. En ese momento lo pensaba como si estuviera en trabajo de parto. Al dar a luz, es como si el control de tu cuerpo fuera tomado por una actividad muscular masiva, involuntaria e incontrolable; se la puede experimentar, pero no manejarla. Este período muscular profundo de transformación duró, creo, cerca de tres años. Lo trabajé tratando de ser fiel a sus principios y, luego del período de mayor transformación, mediante el continuo compromiso con el problema de cómo contar la verdad desde donde yo era, y como enfrentarla sin temerle. Antes que nada, debía evitar el consentir o recrear la división entre el intelecto y mi ser como mujer, un ser materno y sexual, anclado en mi ser corporal, en su vida cotidiana y dentro de una sociedad que buscaba explorar.

Al asumir lo que llamo “punto de vista de las mujeres” en las actividades locales del mundo cotidiano, aprendí que el discurso sociológico repite los contornos de las relaciones de dominación que estaba descubriendo. El problema no era el sexismo, ni siquiera las hipótesis construidas en sus teorías o la falta de atención de las mujeres y de los problemas de las mujeres e intereses. Era que sus prácticas discursivas crearon por quienes conocen, un sujeto universal que trasciende la realidad local de las vidas de las personas. Porque para quien conoce, posicionado de esa manera, las personas se convierten en *objetos* de investigación y explicación (D.E. Smith 1987), nosotros no somos sujetos sino sus objetos conocidos.

Así, la división que experimenté en mi vida de trabajo fue repetida y reforzada por la sociología que practicaba. No pude evitarla, no pude encontrar cómo volver a reunirme a mí misma como mujer sin cambiarla. Tenía que encontrar una práctica sociológica que pudiera comenzar en las realidades de las vidas de las personas de tal manera que pudiera explorar lo social, partir de allí hacia adelante, como es nacer en esa misma realidad.

Mi propia experiencia fue ubicada en un momento distintivo en la trayectoria histórica de la expansión de las relaciones de dominación y el cambio en las bases tecnológicas de la organización doméstica, incluyendo la extensa labor de preparación de los alimentos ahora provista, al menos en las sociedades industrializadas de occidente, antes de su compra. El concepto de punto de vista de las mujeres con el que trabajo ha evolucionado desde la coyuntura del trabajo personificado en las madres, la subsistencia inmediata y el cuidado de la casa, al trabajo que trasciende lo local de participar en las relaciones extralocales del discurso sociológico y el régimen institucional universitario. Reconozco la especificidad histórica de esta intersección en

las vidas de las mujeres como yo. Ubica una contradicción fundamental para nuestra sociedad entre, por un lado, formas de dominación (incluyendo al discurso) mediadas por textos y organizadas extra- o más allá de lo local en modos objetivados de relaciones de dominación y, por la otra, las particularizaciones tradicionales locales de ambas y de relación que todavía caracterizan al entorno familiar.

Ha sido en la exclusión de las mujeres como sujetos de las relaciones objetivadas del discurso y la dominación que situé mi formulación del punto de vista de las mujeres. No tenemos que buscarlo en lo que las mujeres tienen o no tienen en común. “Pienso luego existo” fue dicho por hombres. “Tengo sexo, alumbro, cuido niños y niñas, limpio la casa, cocino, luego no soy” fue lo no dicho de las mujeres desde el surgimiento de estas extraordinarias formas de dominación, por lo menos hasta que el movimiento de mujeres comenzó nuestro trabajo de erosionar las barreras que nos excluyen de la agencia en estas formas de organización. Lo que fue repugnante, peligroso para la pureza del mundo del intelecto ilustrado⁹, fue la existencia del cuerpo mortal que introduce la presencia de las mujeres, nuestra brecha de lo dividido que aísla el reconocimiento de la mente que tiene y dentro de la cual vive y que no es separable de un cuerpo.

La oculta masculinidad del sujeto que alega la universalidad formal, fundacional a las formas objetivadas de conocimiento, cobra visibilidad, aunque de alguna manera indirecta, en el movimiento de mujeres. Quizás esto debería haber sido enseguida obvio para nosotras cuando reclamábamos una posición de sujeto que minó en forma directa la dicotomía entre mente y cuerpo descartable de la que lo universal depende. No era sólo que los sujetos tenían cuerpo. Por cierto la fenomenología se ocupó en garantizar la contundencia de un sujeto universal definitivamente encarnado, asegurando así la personificación. Pero los reclamos de las mujeres por el derecho de hablar no eran tan solo por ser las nuevas socias llegadas al club. El punto de partida del movimiento de las mujeres rechazaba la separación entre el cuerpo y la mente. Hablar desde la experiencia de las mujeres, por muchas diferencias que estas tengan y por más refinada y elaborada que estuviera dentro de la teoría feminista, fue siempre y necesariamente desde lugares de un ser corporal. Hablar desde un punto de vista de las mujeres no permitía la separación entre la mente y el cuerpo construida en la filosofía occidental desde Descartes e incorporada a la sociología. El punto de vista de las mujeres, tal como lo he tomado para hacer una nueva versión de la sociología, no permite esa separación.

⁹ Me refiero al notable estudio de Mary Douglas, *Purity and Danger* (1966)

Como el pensamiento feminista lo ha desarrollado, las teóricas se desplazaron hacia la teorización del cuerpo que rompe con la dicotomía cartesiana, una reproducida en la organización diaria de mi vida. Por ejemplo, dice Elizabeth Grosz (1995):

Durante mucho tiempo estuve involucrada en la investigación de cómo concebir al cuerpo como un artefacto socio-cultural. Estuve interesada en intentar refinar y transformar nociones tradicionales de corporalidad para que pudieran ser problematizadas las oposiciones por las cuales el cuerpo ha sido habitualmente entendido (mente y cuerpo, dentro y fuera, experiencia, contexto social, sujeto y objeto, yo y otro, y, subrayándola, la oposición entre masculino y femenino. La corporalidad puede ser vista como la condición material de la subjetividad y el término subordinado en la oposición, pero debe ser movida a su lugar correcto en el corazón mismo del término dominante, la mente. (103)

Grosz usa el análisis de Derrida de la interdependencia binaria de dos términos, uno dominante y el otro complementario o suplementario, frecuentemente no reconocidos, pero esenciales al dominante. Su propósito es cambiar la relación entre esos dos para que lo corporal sea reconocido como “en el corazón mismo” de la mente. Ambos, el binario de Derrida y el reacomodamiento de los dos términos de Grosz son, en mi opinión, expresiones de relaciones sociales subyacentes al texto. El predominio de la mente es más que conceptual. Es un logro local de las personas que están activas en las relaciones sociales que dominan. Estas relaciones son también aquellas del régimen de género heredadas por las mujeres de mi generación. La misma noción de volver al cuerpo como un movimiento de filósofo confía en una división fundacional y profunda que las personas crean diariamente en sus prácticas locales.

La estrategia de comenzar desde el punto de vista feminista en las realidades locales del mundo cotidiano, tanto diurno como nocturno, no salva esa división sino que la colapsa. La real conocedora comienza con su experiencia. Aquí es una experta. Con esto quiero decir simplemente que cuando ella empieza a darse cuenta del mundo que la rodea, de cómo se hacen las cosas, de dónde está la parada del ómnibus B, en cuál supermercado puede comprar vegetales orgánicos y leche reducida en lactosa, y todo lo inespecífico de sus acciones diarias y las condiciones locales en las que confía; cuando llega a conocer todas estas cosas, es una experta. Es otra cosa cuando llega a las formas que autentican el estado orgánico de los vegetales, qué trae el supermercado o la compañía de ómnibus a la existencia cotidiana, o qué responsabilidad tiene el gobierno municipal en el estado de las calles, las aceras, los estándares de los desechos de basura, etcétera. Al profundizar en el complejo de

relaciones en el cual estas formas efectivas y visibles localmente están unidas, surgen relaciones sociales de la economía.

Así son las realidades comunes de nuestro mundo contemporáneo en Norteamérica. Hay gente trabajando en otros lugares a las que no conocemos y que nunca sabremos cuáles de sus actividades están coordinadas con las nuestras, si es cuando vamos al negocio de la esquina a comprar un detergente después de hora o cuando encendemos la televisión para escuchar las últimas noticias acerca del presente catastrófico, o cuando tomamos un libro que trata sobre la acumulación de teoría sociológica para conectar con el trabajo que otros han hecho quién sabe en qué momento y lugar. Las relaciones sociales que se coordinan a través del tiempo y la distancia están presentes pero en gran parte no vistas en los mundos cotidianos de las personas. Una sociología desde el punto de vista de las mujeres convierte en problemática esta realidad, un proyecto de investigación y descubrimiento.

El proyecto de investigación a partir del punto de vista de las mujeres comienza en las realidades de las vidas de las personas. En un sentido revierte la relación tradicional entre mente y cuerpo donde la mente puede examinar, explorar y reflexionar sobre qué es el cuerpo. El cuerpo no es algo para ser percibido o incluso teorizado. Es el lugar de la conciencia, de la mente, del pensamiento, de la subjetividad y de la agencia de las actividades locales de las personas concretas. Al retrotraer la mente en el cuerpo, un fenómeno mental y discursivo (ideología, creencias, conceptos, teorías, ideas, etcétera), las actividades de las personas reales situadas en lugares y en tiempos locales y concretos son reconocidas como ellas mismas. No se las trata más como si estuvieran esencialmente en las cabezas de las personas. Son observables en tanto y en cuanto se producen en el lenguaje como habla y/o texto. El discurso existe entre las actividades de las personas, en las prácticas de sus vidas, organiza sus relaciones, y aunque habla de y desde las actividades de la gente, no las agota.

Traducción: Ana María Bach¹⁰

¹⁰ Agradezco la revisión realizada por los traductores Nora Braschi y Eduardo Martínángelo.

BIBLIOGRAFÍA

- Andersen, E. (2003) "Women do lion's share at home" en *Globe and Mail*, Febrero 12, A7.
- Beninger, J. R. (1986) *The control revolution: Technological and economic origins of the information society*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Chandler, Alfred Dupont (1962) *Strategy and structure: Chapters in the history of the industrial enterprise*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- Davidoff, L. y C. Hall (1987) *Family fortunes: Men and women of the English media class, 1780-1850*. Chicago: University of Chicago Press.
- Dehli, K.(1988) "Women and class: The social organization of mothers' relations to schools in Toronto, 1915-1940." PhD diss. University of Toronto.
- Douglas, M. (1966) *Purity and danger*. New York: Penguin Books.
- Foucault, M. (1970) *The order of things: An archaeology of human*. London: Tavistock.
- Foucault, M. (1972) *The discourse on language*. NY: Pantheon Books.
- Friedan, B. (1963) *The feminine mystique*. New York: Dell.
- Griffith, A. y D. Smith (1987) "Constructing cultural knowledge: Mothering as discourse", en Gaskell, J. y McLaren, M. *Women and education: A Canadian perspective*. Calgary, Alberta: Detselig. pp. 87-103.
- Griffith, A. y D. Smith (1987) *Mothering for schooling*. New York: Routledge.
- Griffith, Alison. (1984) "Ideology, education and single parent families: The normative ordering of families through schooling". PhD diss. Departament of education, University of Toronto.
- Grosz, Elizabeth A. (1995) *Space, time, perversion: Essays on the politics of bodies*. New York: Routledge.
- Habermas, Jurgen (1992) *The structural transformation of the public sphere: An inquiry into a category of burgeois society*. Cambridge, Mass: MIT Press.
- Harding, Sandra (1988) *The Science Question in Feminism*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- Hartsock, Nancy (1998) *The feminist standpoint revisited and other essays*. Boulder, Colo: Westview Press.
- Landes, Joan (1996) *Feminists read Habermas: Gendering the subject of discourse*. NY: Routledge.
- Larson, M.S. (1977) *The rise of professionalism: A sociological analysis*. Berkeley: University of Clifornia Press.
- Marx, K. (1973) *Grundrisse: Foundations of the critique of political economy*. New York: Vintage.
- McKeon, M. (1987) *The origins of the English novel, 1600-1740*. Baltimore: John Hopkins University Press.
- Mills, C. Wright (1951) *White collar: The American middle classes*. New York: Oxford University Press.
- Noble, David. (1977) *America by design: Science, technology, and the rise of corporate capitalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Perkin, Harold. (1989) *The rise of professional society: England since 1880*. London: Routledge.
- Rothman, S. M. (1978) *Woman's proper place: A history of changing ideals and practices, 1870 to the present*. New York: Basic Books.
- Rousseau, J.J. (1966) *Emile*. Trans. B Foxley. NY: Dutton.
- Roy, William G. (1997) "Socializing capital: The rise of the large industrial corporation in America", en Alhoun Craig (ed.) *Habermas and the public sphere*. Cambirdge, Mass: MIT Press.
- Ryan, Mary (1993) "Gender and public access: Women's politics in nineteenth-century America". En Alhoun Craig (ed.) *Habermas and the public sphere*. Cambirdge, Mass: MIT Press.
- Schutz, A. (1962) "On multiple realities" en *Collected Papers*, 1:207-59. The Hague:Martinush Nijhoff.
- Sloan, Alfred (1964) *My years with General Motors*. Garden City, NY: Doubleday.
- Smith, D. E. (1987) *The Everyday World as Problematic: A feminist Sociology*. Toronto, Ont: University of Toronto Press.
- Smith, D. E. (1997) "The underside of schooling: Reestructuring, privatization, and women's unpaid work." *Journal for a Just and Caring Education* 4 (1): pp. 11-29

- Smith, D. E. (1999) "The Standard North America Family: SNAF as an ideological code" en *Writing the Social: Critique, theory and investigations* D.E. Smith (ed). Toronto, Ont: University of Toronto Press.
- Waring, Stephen (1991) *Taylorism transformed: Scientific management theory since 1945*. Chapel Hill: University of Carolina Press.
- Weber, Max (1978) *Economy and society*. Berkeley: University of California Press
- Whyte, William H. (1956) *The organization man*. New York: Simon & Schuster.
- Yates, J. (1989) *Control through communication: The rise of system in American management*. Baltimore: John Hopkins University.